

LA PERSPECTIVA MARÍTIMA DESPUÉS DEL 11-S

Gonzalo PARENTE RODRÍGUEZ



Unos antecedentes



ACE ya quinientos años nuestro pequeño planeta fue globalizado cuando una empresa marítima demostró que había otras tierras más allá del horizonte cristiano. Hace unos pocos años esta empresa fue doblada en vertical con la salida del hombre al espacio, cuando el primer astronauta norteamericano —un infante de marina, por cierto— pudo ver y admirar el globo terrestre con una sola mirada, entonces descubrió que la Tierra se veía azul.

¿Pero, cómo pudo asombrarse ante esta maravillosa perspectiva, cuando era de todos conocido que el planeta tiene las tres cuartas partes de su superficie cubiertas por el agua salada que llamamos mar?

Una realidad

Hoy vivimos atormentados con el síndrome del cambio temporal y espacial, el efecto de lo que el famoso sociólogo británico Anthony Guiddens llamó «un mundo desbocado» (1). En estas novedosas circunstancias corremos el peligro de perder el rumbo de nuestro destino a causa de los grandes cataclismos que padecemos. Ayer caía el muro de Berlín y cambió el mapa de Europa; poco después se derrumbaba la URSS; hubimos de acostumbrarnos al cambio de siglo y milenio; se produjeron horriblos genocidios en África y en los Balcanes; nuestros soldados y marineros fueron a guerras y crisis en todos los continentes; nos acostumbramos a las soluciones de emergencia que son las intervenciones humanitarias... y de pronto: Ben Laden y el horror de las Torres Gemelas.

Es lógico el desconcierto producido y que en estas circunstancias se pierda la perspectiva. Con la mayor modestia de que soy capaz, me propongo hacer una aportación con el ánimo de enfocar una perspectiva marítima, por si pudiera servir de alguna utilidad.

(1) GUIDDENS, A.: *Un mundo desbocado*. Taurus. Madrid. 2000.

Para ver hay que situarse (por ejemplo, en el alerón de un puente) y observar el panorama. Se ve un mundo inseguro, inestable e incierto. Una sociedad sometida a los vaivenes del exceso informativo, con organizaciones de control que fueron hechas para otro tiempo ya pasado. La Humanidad ha perdido las referencias ante el fenómeno globalizador; por eso surgen los ambiciosos, los fanáticos y los desesperados que, con el pretexto de defender sus raíces, lo que buscan son más cotas de poder y están provocando nuevos conflictos y crisis. Se agarran a las raíces de su identidad para no ser arrastrados por el viento huracanado que se lleva por delante cultura, tradición e identidad.

En estas circunstancias de confusión generalizada, es para nosotros un deber vocacional recuperar el rumbo y afirmar nuestras convicciones sobre el entorno propio y destino que es la mar.

La perspectiva marítima, que engloba a la naval, debiera hacernos ver las cosas de otra manera: es amplia, es flexible y sobre todo es abierta. Los horizontes marinos ensanchan el ánimo constreñido por los conflictos terrestres, donde los seres humanos se enfrentan por un trozo de terreno, una vía de comunicación, una frontera o el odio social hacia el otro. Pero hoy todo eso, en la sociedad de «la tercera ola» (2), sociedad de la información, de la comunicación o del conocimiento, constituye objetivos de poco interés. Se da por hecho que en el primer mundo al que pertenecemos nadie va a amenazar territorios ajenos. Pero una Humanidad que crece en progresión geométrica tiene otros problemas que generan nuevos conflictos: la falta de alimentos, las enfermedades epidémicas, los movimientos de población, los ataques medioambientales, los tráfico ilegales, la delincuencia internacional y los grupos terroristas o paramilitares, evidencian carencias de seguridad en los distintos niveles, tanto nacionales como colectivos o regionales.

Una necesidad

Las condiciones de la defensa nacional permanecen invariables porque están ligadas a la geografía propia. Por eso podemos reconsiderar algunos rasgos de la geopolítica española:

- ¿Es que el control del Estrecho como acceso al espacio marítimo más conflictivo del mundo ha dejado de tener la relevancia estratégica que requiere?
- ¿Es que España ha dejado de ser una nación marítima que recibe los recursos energéticos por mar, tiene territorios de soberanía en otro continente y archipiélagos en dos espacios marítimos alejados?

(2) TOFFLER, A.: *La tercera ola*. Plaza y Janés, Barcelona, 1992.

- ¿Es que los españoles no tienen unas necesidades genuinas y dependencias de los sectores marítimos como son la pesca, la construcción naval y el transporte marítimo?
- ¿Es que ha disminuido la importancia de los espacios marítimos que son de interés nacional, sean de superficie o submarinos, cuyas aguas requieren el control y ejercicio de la soberanía?

A estas cuestiones sólo podemos dar respuesta los españoles, desde el ámbito nacional; esto al menos es lo que hacen las naciones de nuestro entorno, que requieren soluciones concretas y específicas. Ellas dan la medida de peso estratégico que sirve directamente a la política nacional en la mesa de las decisiones internacionales.

Las circunstancias estratégicas derivadas del 11-S obligan también hoy, más que nunca, a reforzar la estrategia de cooperación internacional, multinacional o aliada. En el caso español, nuestro entorno marítimo resulta de gran interés para las operaciones militares aliadas. Si a ello le añadimos la incorporación de medios navales o anfibios, resulta que las aportaciones marítimas son muy apreciadas en el exterior.

Es verdad que en tiempos de la guerra fría el esquema estratégico de la defensa europea tenía el Mediterráneo como un flanco y el Atlántico como un espacio para las operaciones de refuerzo que viniesen de América. Pero esta situación se acabó, la amenaza centroeuropea ya no existe, y Europa ha recuperado su fisonomía marítima con intereses en todos los mares circundantes y con la necesidad de utilizar las líneas de comunicación marítima por todo el mundo.

La estrategia de cooperación exige disponer de la capacidad para aportar fuerzas navales que puedan integrarse en organizaciones operativas multinacionales aliadas. Tal condición requiere un esfuerzo permanente para estar en el nivel de procedimientos y tecnología de las naciones más avanzadas del mundo, que son precisamente nuestros aliados. La interoperabilidad de los medios navales es un reflejo de la decisión política de participar en misiones de alta responsabilidad internacional. Pero la disposición de los medios no es suficiente, se requiere además un personal naval calificado y adiestrado para el cumplimiento de cualquier tipo de misión que se le encomiende.

Es evidente que las circunstancias de empleo de la fuerza naval en la presente situación obligan a tener previsto un cierto tipo de colaboraciones estratégicas, no son las que estaban previstas en tiempo pasado reciente. Pero, sin duda alguna, las misiones derivadas de las posibilidades que ofrece el empleo de la fuerza naval serán igualmente importantes. Los medios navales pueden ejercer un papel único y fundamental al explotar al máximo las siguientes capacidades:

- Autonomía, que permite el desplazamiento por aguas internacionales sin provocar conflictos diplomáticos, pero que expresa una determinación política.
- Capacidad logística, que facilita poder operar en una zona de conflicto desde el exterior, con independencia de otras fuerzas.
- Potencia disuasoria por la gama de posibilidades de proyección del poder naval sobre la tierra.
- Empleo de sus grandes capacidades de vigilancia e información para la obtención de inteligencia, su procesado y comunicación en tiempo real.
- Defensa y seguridad de una zona o teatro de operaciones contra ataques aéreos o de misiles.
- Constitución de un puesto de mando a flote con toda clase de garantías para ejercer las funciones C3I sobre una fuerza conjunto-combinada a pleno rendimiento.

Las operaciones de guerra irregular emprendidas en Afganistán, como consecuencia del 11-S, han abierto una modalidad de combate que a decir verdad no constituyen nada nuevo. Son las circunstancias de un hecho salvaje que aterrizó a todo el mundo civilizado lo que han movido a concentrar la atención informativa en este tipo de operaciones que ya se practicaron extensivamente en la segunda guerra mundial, sobre todo en el área del Pacífico. Por eso podemos afirmar que aquí no se acaba la guerra convencional, porque los enfrentamientos armados entre fuerzas militares organizadas van a continuar, si bien el empleo de los sofisticados medios de alta tecnología ofrecerá distintas posibilidades.

Se puede observar que la intensificación de la cooperación militar y la integración en unidades multinacionales en el exterior hacen creer que esas van a ser las operaciones del futuro, tal vez impresionados por la novedad. Para no obtener conclusiones erróneas, convendría no olvidar otras posibilidades de actuación más próximas y más peligrosas para el entorno propio que tienen características distintas. Estas misiones deben recibir atención preferente, sin perder la perspectiva, que en el caso español es claramente marítima.

Las circunstancias de la seguridad común o colectiva no pueden ser atendidas a costa de la seguridad nacional. Hace años, al finalizar la guerra fría, se insistía mucho en señalar el peligro que entrañaba la «renacionalización de la seguridad». Entonces se buscaba un esfuerzo colectivo para internacionalizar la seguridad, que muy pronto sirvió para hacer creer que la seguridad nacional quedaba en segundo plano. Pero hoy sabemos que el afán integrador se basa en la fortaleza de la seguridad de cada uno de los Estados miembros, sean de la OTAN, de la OSCE o de la UE. Los norteamericanos, que ya han pasado por esto, decían: *national first*. El entorno estratégico español es marítimo, lo mismo que el europeo o el atlántico, y ésta es la perspectiva que no se debe perder.